



“Tonantzin en el siglo XIX”

p. 135-137

Corazón de la tierra

*La fiesta titular de los indios a Nuestra Madre
y Señora Santa María Virgen de Guadalupe*

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2020

198 p.

Figuras, mapas, planos, fotografías y cartas

(Historia General 40)

ISBN-978-607-30-3948-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de septiembre del 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/729/corazon_tierra.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

TONANTZIN EN EL SIGLO XIX

En una visita que hizo a la colegiata un 12 de diciembre, entre los años de 1827 y 1834, el germano Eduard Mühlenpfordt se refirió a la virgen de Guadalupe como “una Inmaculada autóctona” y al cerro del Tepeyac como el lugar donde durante el imperio “azteca” estuvo el templo “de la Ceres mexicana, la diosa Tonantzin”. Quedó admirado por el lujo, la ornamentación recargada de objetos en oro y plata, por su altar “digno de verse” y, en general, por el buen gusto del templo. Se mostró sorprendido de haber contemplado al interior de la iglesia, entre un acto religioso y otro, la ejecución de algunas danzas de los indios frente a la misma imagen de la virgen y, desde su visión del mundo, las calificó como espectáculo “grotesco” mientras describió a su manera una de ellas. Relató que los danzantes formaban tres grupos: uno de hombres, otro de mujeres y uno más de diablos. El argumento consistía en que los últimos, ataviados con “pezuñas de caballos, cuernos y cola”, saltaban entre las féminas haciendo “gestos ridículos y muchas veces muy indecentes”, en tanto que los varones, también haciendo reír a la gente, golpeaban las espaldas de satanes y mujeres con unos látigos con los que llevaban el ritmo de los bailes.¹ Mühlenpfordt reparó en el pozo del santuario que describió de aguas rojizas con mucho ácido carbónico, a las que, dijo, se atribuían grandes propiedades curativas, dándose cuenta de que la virgen de Guadalupe era la patrona de toda la República, donde, concluyó, se la veneraba como una “santa nativa” según la leyenda de las apariciones, agregando que no había en todo el territorio un lugar de importancia que no tuviera un templo consagrado a ella.

¹ Eduard Mühlenpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, México, Banco de México, 1993, t. I, p. 207 y t. II, p. 254-255.



Otros viajeros no pasaron desapercibido el 12 de diciembre, fuera por su apoteósica fiesta, o por llamar la atención sobre la significación de la fecha en la devoción del pueblo, o para resaltar la importancia del santuario y su antigüedad, o, finalmente, para notar el poderoso símbolo que la imagen tuvo durante la guerra de emancipación. Para el botánico y naturalista austriaco Carl B. Heller, el templo de Nuestra Señora de Guadalupe a la que nombró “patrona defensora de México” era el lugar de peregrinación más afamado del país. Dijo que la calzada que llevaba a “una de las iglesias más ricas” estaba “cubierta de hermosas flores” y se refirió a las apariciones y a la “impresión” milagrosa de la virgen “a un neófito de la tierra”, en un cerro “donde antes se encontraba el templo de la diosa Tonantzin, deidad de la tierra y de los frutos del campo”.²

Uno más que rememoró a esa antigua diosa fue Joseph Aubin, coleccionista y paleógrafo francés que vivió en México entre 1830 y 1840. Publicaría por primera vez su estudio sobre los antiguos mexicanos en París, en 1851, en el que, refiriéndose a sus documentos, escribió que su mayoría alguna vez formó parte de la colección del caballero Boturini Benaduci iniciada por éste en 1736 durante su estadía en la Nueva España.³ Con respecto al que llamó “célebre” culto a Nuestra Señora de Guadalupe escribió muy convencido que todavía en sus días estaba “mezclado con el de Tonantzin (Nuestra Madre) de los Aztecas”.⁴ A su vez, el alemán Carl Christian Sartorius, que se sentía

² Carl Bartholomaeus Heller, *Viajes por México en los años de 1845-1848*, México, Banco de México, 1987, p. 148-149.

³ J. M. A. Aubin, *Mémoires sur la peinture didactique et l'écriture figurative des anciens mexicains*, París, Imprimerie Nationale, 2ª edición, 1885, p. 6. [La traducción es mía]. Este autor no mencionó que él sacó clandestinamente de México muchos papeles de esa colección.

⁴ *Idem*.

parte de ese México en el que moriría en 1872 y que conoció por primera vez en 1824, escribió, a propósito de un 12 de diciembre —en una publicación que vería la luz en Alemania hacia 1850—: “Hoy celebramos la festividad de Nuestra Señora de Guadalupe, la virgen tutelar de la tierra, cuya imagen, durante las contiendas con los españoles, ha brillado esplendorosamente en el estandarte de los mexicanos”.⁵

En este mismo sentido, Ernest de Vigneaux —quien vino a la ciudad de México en 1854 después de haber sido liberado de la cárcel por haber tomado parte en la fallida expedición filibustera en Sonora, encabezada por el conde Raousset de Boulbon—, en relación con el 12 de diciembre confirma que muchos indios empezaron a hacer común el asistir a la fiesta de la virgen ese día. Según él, “con sus trajes tradicionales y coronados de flores” y en cuanto a Guadalupe, apuntó que era “la patrona de México”, que “desde la revolución, es mucho más venerada que la gachupina, la virgen española de los Remedios”.⁶

⁵ Carl Christian Sartorius, *México hacia 1850*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 184.

⁶ Ernest de Vigneaux, *Viaje a México*, México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 81.